

respecto de las Chancillerías, poniendo así la unidad civil y política sobre la Iglesia misma, de suerte que fueron los fundadores del Estado moderno, bajo cuyos auspicios había de brotar tres siglos más tarde, al calor de la libertad, nuestra impersonalísima unidad nacional. Así no parece mucho que les devolviera el espíritu de su tiempo en glorias las prosperidades mismas que le habían granjeado ellos con sobrehumanos esfuerzos, y pudieran expulsar á los últimos nazaritas de Granada y á los últimos Albrets de Pamplona; preparar la unión estrecha con Portugal y readquirir el Rosellón y la Cerdania; extender sus dominios por las costas continentales de la magna Grecia y por las costas continentales de la inexplorable África; en su corona robustecer Sicilia y para su corona recuperar Canarias; aliarse con potentados tales como los Duques de Borgoña y Flandes, y como los Reyes de Inglaterra, mediante lo cual extendieran los blasones de sus inmediatos descendientes desde las orillas del Danubio á las desembocaduras del Rhin y del Escalda, humillando el orgullo de poderosos vecinos y convirtiendo en hispano el sacro Imperio germánico: milagrosísimas obras, ó concluidas ó preparadas por ellos; pero que todas llegan á borrarse como las estrellas en el sol, en aquella otra increíble, cuando á los diez meses de haber la cruz cristiana resplandecido en el torreón de la Vela, surgen, como por encanto, nuevas islas y nuevas tierras en los espacios del mar, de nadie aquí, en el viejo mundo, conocidas, y en cielos nunca por los europeos antes vistos, en cielos nuevos, constelaciones resplandecientes y estrellas innumerables, como si para premiar nuestros combates y nuestros esfuerzos hubiera Dios querido engrandecer la tierra y renovar la creación.

Pero tales cosas épicas piden, para ser bien alcanzadas en todo su conjunto, que las miremos desde cierta distancia en el tiempo, quien acaba con lo fugaz y con lo chico pronto, pero engrandece lo magno de suyo, eternizando lo verdaderamente perdurable. Por eso quedará el modo mejor de celebrar la invención del

Nuevo Mundo á la epopeya. Estos enormes cuerpos solares del tiempo, como los enormes cuerpos solares del espacio, se ven mejor con el telescopio de la poesía que con el microscopio de la historia. Más bien que referirlos debiéramos cantarlos. Pero no hay remedio: en la Historia se busca lo particular y lo mínimo, el análisis, mientras en la epopeya lo universal y lo eterno, la síntesis. Por eso debemos referir con tristeza cuanto Colón padeciera con acerbidad en la consecución de su obra. Los Reyes le oyeron según sus respectivas índoles: Isabel con entusiasmo y Fernando con reserva. Pero la reserva de éste y el entusiasmo de aquélla debían dar iguales resultados: una indispensable dilación. La reconquista de Granada no consentía otro expediente. Imposible divertir de tal objeto supremo los regios ánimos. Así defirieron el asunto al confesor de la Reina, fray Hernando de Talavera. Dadas nuestras ideas y nuestras costumbres, difícilísimo comprender un verdadero confesor del siglo décimoquinto, consejero nato y supremo de los Reyes en el apartamiento de sus confesonarios. Fray Hernando de Talavera, primero prior del monasterio de Prado, en Valladolid, Obispo de Ávila más tarde, y por último Arzobispo de Granada, sentado en el confesonario creía su silla más alta que los tronos, y se juzgaba él dispensador á sí mismo de la salud terrenal y eterna de los Reyes. En la primer confesión ya tuvo un altercado con la Reina, pues indicando ésta que podía confesarse de pie ó sentada, le dijo aquél que no, que de hinojos á las plantas del confesor. Podía, pues, llamársele tanto Ministro de Estado como Ministro de Hacienda, y tanto Ministro de Hacienda como Ministro de Instrucción y de Bellas Artes, dejando á un lado el ministerio de las buenas costumbres. Isabel, así encomendaba el arreglo á su celo de la Deuda, como el arreglo á su literatura de la Biblioteca; y así le pedía opinión sobre los decretos más importantes, como sobre las fiestas más domésticas. El buen Talavera no se andaba con escrúpulos de monja, no; reñía con adusteces de patriarca y con palmetazos de dómine á la primera y más santa Reina de

la Cristiandad entonces. Las frases sacramentales que vibraban en los labios suyos y se difundían por los oídos de sus penitentes y confesados, tiraban á recordarles cómo debían apercibirse y aparejarse á la muerte. Por esto decíale Isabel á su confesor: «Os ruego y encargo mucho por Nuestro Señor, si cosa aveys de hacer por mí, a buelta de quantas y quan grandes las aveys hecho por mí, que querais ocuparos en sacar todas mis deudas, así de empréstitos, como de servicios y daños de las guerras pasadas, y de los juros viejos que se tomaron quando Princesa, y de la Casa de Moneda de Abila, y de todas las cosas que a vos os parezca que hay que restituir en cualquier manera que sea.» Después de remitirle negocios de tal monta, le comisionaba con dulzura para que vigilase las ciudades ó territorios donde arzobispaba y episcopaba. El buen confesor le hablaba en epístolas de todo cuanto podía ocurrirle á la Soberana: del reintegro de Cerdeña y Rosellón, del deber de impedir guerras entre cristianos por justas que fuesen, de las alianzas deseables, del buen proceder esperado del mozo rey Carlos VIII, del cordón de tres hilos formado por una triple alianza entre Francia y España y Alemania, de los festejos dados á embajadores y príncipes, del memorial de las deudas puesto en manos de un Fernando Álvarez, del cielo y de la tierra. Para comprender la extensión de su influjo y la intensidad de su desabrimiento, bastará decir que riñe á la Reina con acritud, y con el infierno le arguye y amenaza, no por las mercedes á los cortesanos y demás gente, no por el gasto de ropas nuevas, no por las colaciones y cenas ruidosas, no por las alegrías de los ejercicios militares, por las lanzas, en las que tomó una licencia tan grave como la de mezclar las damas castellanias y aragonesas con los caballeros franceses, llevando cada cual de éstos á la que quisiese y le gustase, de rienda. Tras lo cual decía de una Reina tan piadosa y de los divertimientos palaciegos suyos: «¡O mezcla y soltura no católica, ni honesta, gentilica y dissoluta! ¡O, si yo lo entiendo, quanto pierde mi Reina y mi soberana en ello, ante los hombres digo, que

ante Dios no dubdo nada!» Y para comprender hasta donde llevaba su crueldad este confesor implacable, baste decir lo siguiente, cuyo recuerdo no más presta verdaderos escalofríos de terror al cuerpo y le pone á uno de carne de gallina, como vulgarmente decimos en castellano, todo el cuerpo. La primer desgracia que hirió el corazón de la Reina, y le amargó los restantes años de su vida con inenarrable amargor, fué sin duda el malogro de D. Alonso, casado con su primogénita D.^a Isabel y fenecido á los seis meses de su boda en violenta desgracia. Pues bien; Talavera dice á la Reina que le ocurrieron tales adversidades por la liviandad horrible de aquellas regias fiestas en que se corrieron sortijas y se lidiaron toros. Ahora bien: un hombre así llega poco á poco, tras largas meditaciones ascéticas y continuos argumentos teológicos, á estado tal, que parece una grande abstracción. Y en esta grande abstracción de todo cuanto le rodeaba, no tenía sino un pensamiento seguro, fijo, continuo, perdurable: la toma de Granada. Y cuando en este pensamiento se absorbían todas sus ideas y se concentraban todos sus esfuerzos con esa fuerza de concentración en él universalmente reconocida, y esa fuerza de voluntad, venía Colón á divertir al maestro en Escolástica de sus ideas tradicionales y al empeñado en reconquistar Granada de sus empeños formidables. Era, pues, tal distracción, por tanto, incompatible con las dos ideas capitales del Arzobispo; y Talavera miraba los proyectos relativos á las Indias como una innovación peligrosa en las ideas generalmente admitidas, y como una distracción punible de los esfuerzos y de los recursos hacia un objeto, profano en verdad, comparado con la coronación del poema de los siete siglos, con la reconquista de aquella sultana entre las ciudades ismaelitas, con el triunfo de la Cruz, adorada por él en culto fervoroso y continuo. Así, cuando la Reina le prometía en mil circunstancias varias, antes de la conquista, un arzobispado, él contestaba: «O seré Arzobispo de Granada, ó no lo seré de ninguna parte.» Tal fué Talavera. No podían los Reyes encomendar á persona más impropia de

tan alta comisión este arduo problema, inaccesible al entendimiento suyo á causa de la vieja ciencia que lo poseía y al ánimo á causa del deseo que le embargaba. Móviles permanentes de creencias, innatas casi, al par de móviles particulares, nacidos en las circunstancias especialísimas de aquella ocasión, obstruían su voluntad hasta impedirle por completo la comprensión de una idea cuya originalidad rayaba en extravagancia, como la del audaz y porfiado marino. Ayudábale á Talavera una persona de competencia y de seso, como el consejero real Maldonado, quien menos creía en el pensamiento, á medida que más lo escuchaba del facundo labio de su autor, persuadiendo á todos ser cosa imposible la por Colón ideada y propuesta. Lo primero en que fijaba su creencia era en suponer indispensable, para cumplir la idea de Colón, una forma esférica de la tierra; forma de todo punto inadmisibile, por haber calificado los salmos al cielo como una tienda tendida sobre una especie de cuadrado, y por haber San Agustín reconocido como herética la existencia de los antípodas, con los pies puestos junto á nuestros pies en otro hemisferio y hacia abajo la cabeza. En este período, indudablemente, cuando las objeciones religiosas predominaban sobre todas las demás, debió estudiar con tanta profundidad el descubridor los libros bíblicos al par de los problemas teológicos, y debió profundizar en las ideas místicas de su tiempo y de los tiempos anteriores. Entonces le dominaría como un pensamiento exclusivo y absoluto la reconquista de Jerusalén, para la cual se creía predestinado por Dios en medio de las agitacione que había en sus mocedades alrededor suyo suscitado la toma de Constantinopla. El profetismo de Israel, unido con las ideas medio sibilinas del mundo antiguo, movía su corazón y sus labios. Á estas anticipaciones del tiempo que por venir se hallaba, extraídas de la Biblia, unía una impaciencia extrema, dimanada del milenarismo, que preveía y fijaba para muy pronto el postrero juicio, cuyo soplo debía extinguir, con todos los astros, todos los pensamientos, y derribar así el cielo como el pla-

neta. Sumábase también al milenarismo, y los pensamientos que hacia lo pasado se convertían, una doctrina expresada siglos antes por el abad calabrés Joaquín de Flora, quien se prometía un complemento de la Religión del Padre, contenida en la Biblia, y de la Religión del Hijo, contenida en el Evangelio, con la Religión del Espíritu, que anunciaba renovaciones ideales del espíritu con renovaciones materiales del cielo. Y así para esclarecer todas estas vaguedades en que nadaba su idea, como para contrastar todos los escrúpulos teológicos á sus argumentos opuestos, registraba de continuo la Biblia, y veía en ella tan señalado su ministerio de redimir la cautiva montaña de Sión, como el ministerio de redimir la ciega y pecaminosa especie nuestra en Cristo. Para él, casi todos los salmos y casi todas las profecías lloraban los pecados múltiples de Israel, por cuya causa cayera cautiva Sión, y prometían un libertador, quien, á la verdad, no podía ser otro sino él, Colón mismo en persona. Libro de los Reyes, libro de los salmos, libro de las profecías, libro de Job, anunciaban todos la redención de Jerusalén por un hombre como él, predilecto de la divinidad y predestinado á estos providenciales fines. Algunas veces añadía, en las confusiones de su misticismo, que no sólo estaba él en persona llamado por Dios á tanta obra, sino que Joaquín de Flora en sus libros designaba el pueblo español por su nombre, y la Biblia, por su parte, designaba también los últimos pueblos de Occidente con toda claridad. Y pretendía sin vacilación haber oído estas restituciones de la Santa Casa de Jerusalén á los cristianos, desde muy temprana edad, en todos sus viajes. Así aseguraba no haber tanto bebido su idea en la Cosmografía y en la Astrología, y en otras profanas ciencias por él aprendidas á fondo, como en la frecuente lectura de los libros revelados por Dios y reveladores al mundo del bien y de la verdad. En Isaías encontraba toda suerte de anuncios, y por Isaías allegaba sus esperanzas. Á este inspirado de Dios é inspirador de los demás no debe llamársele únicamente profeta, debe llamársele también

evangelista. Y el capítulo xxx de su libro maravilloso profético enseña que los hijos de Israel habían dejado caer en manos profanas y extranjeras el monte de Sión; pero que Dios, compadeciéndolos en su corazón, suscitó un elegido para que lo rescatase y lo restituyese coronado de flores, y entre cánticos de hosannas y melodías, así de salterio, cual de cítara y flauta. Y David, en el salmo XXI, anuncia que llegará el nombre de Dios así á los confines últimos de la tierra, como á las gentes más recónditas. Y en el capítulo LXV vuelve á decir Isaias cómo las razas ignorantes por siglos de siglos del nombre santísimo, irían á Él, proclamándolo con todo regocijo. Y añadió Jeremías en el profético libro, capítulo XVI, cómo irían á Sión desde los últimos fines de la tierra. Por manera que aparecían Colón y sus descubrimientos, no tan sólo en el resplandor de la ciencia envueltos, sino también rodeados con el nimbo de la revelación. Pero ni Hernando de Talavera, ni el consejero Maldonado, quisieron creerlo, y por su consejo negaron la posibilidad del descubrimiento á primera vista, mientras los Reyes remitieron su revista ó estudio nuevo á mejores tiempos. Aquí debió celebrarse, y por este período de las primeras relaciones entre Talavera y Colón, la junta de teólogos atribuida por un error acreditadísimo á Salamanca y reunida en Córdoba realmente, que dió un dictamen opuesto al plan y pensamiento del descubridor y fué causa de largas dilaciones.

CAPÍTULO XII.

COLÓN EN SALAMANCA.

PERO mientras así lo desahuciaban unos, acorríanlo con sus influencias y con sus luces otros. Entre los adeptos allegados á la idea colombina entonces, lucen como los primeros el padre franciscano Antonio de Marchena y el padre dominico Diego de Deza. Indudablemente, aquél debió sostenerlo en Andalucía con su consejo y con su auxilio contra las negaciones de la Junta presidida por Talavera en Córdoba, como éste debió abrirle con su ciencia y con su influjo las puertas de Salamanca. Ninguna tradición tan acreditada como la que dilata por el mundo un desconocimiento tal de la geografía y de la cosmografía en la Universidad salmantina, que llegó á suscribirse con todos sus doctores unánimes en contra de Colón, y á oponer todas las supersticiones del sentido común á todos los presentimientos y á todos los anuncios y á todas las profecías del genio y del saber. Sin embargo, una fundada rectificación de tales errores, no solamente revoca la creencia secular y la invalida para siempre, sino que atribuye á Salamanca el comienzo de la fortuna del descubridor, y coordina con su estancia en la ciudad sabia los primeros auxilios metálicos entregados por los Reyes al descubridor para prosperar su